

***SESIÓN EN RECUERDO DE LA
ILMA. SRA. D^a. CARMEN JIMENEZ SERRANO
por Sebastián Santos Calero¹***

Excma. Señora Presidenta
Ilustrísimos Señores Académicos.
Familiares y amigos de Doña Carmen Jiménez.
Señoras y Señores.

Desde hace mucho tiempo sentimos en esta Real Academia la ausencia de una entrañable amiga y compañera ejemplar y hoy sabemos que esta separación es definitiva y para siempre. Su recuerdo será imborrable, por la huella artística, docente y humana que significó su dilatada vida junto a nosotros.

Carmen Jiménez Serrano, “Doña Carmen” para sus amigos y discípulos, supo ser maestra en toda la amplia acepción de la palabra. A su elevado concepto de la amistad, se unía entre otras muchas virtudes todas las que ahora acuden a mi mente, a las cuales habría que añadir otras muchas que quizás no alcance yo a revivir en estos momentos de profunda emoción y sentimiento.

No es mi propósito dibujar en esta breve intervención sus aspectos humanos, y deseos de hacerlo no me faltan, dada la profunda amistad que hacia su persona siempre profesé. He seguido de cerca su vida, su actividad profesional y académica durante muchos años y quiero ahora dentro de las limitaciones de tiempo seleccionar algo de lo mucho que a mi memoria aflora.

La conocí en 1954. Era tiempos difíciles, carencias materiales e ideo-

¹ Sesión pública y solemne celebrada el día 20.XII.2017, coincidiendo con la inauguración de la exposición temporal con algunas de sus obras y de sus compañeros de Sección en la Real Academia

lógicas constituían el caldo de cultivo para toda una generación de jóvenes artistas que acudíamos con enorme vocación al que fuera estudio del gran Pintor Gonzalo Bilbao, para recibir el sabio magisterio de los mejores maestros del momento: D. José Hernández Díaz, mecenas del arte, protector de alumnos y sabio Profesor, D. Alfonso Grosso, excelente pintor e intérprete del realismo mágico sevillano, D. Antonio Cano Correa, el gran escultor incomprendido por la Sevilla eterna, D. Antonio Gavira Alba, el maestro heredero de la mejor tradición escultórica de Vasallo y entre todos nuestra querida Doña Carmen. No tuve la inmensa suerte de recibir el magisterio de esta entrañable para muchos profesora, mi traslado a la Escuela Superior de Bellas Artes de Madrid me lo impidió, si bien tengo de decir que me alentó en esa nueva singladura, y que sus recomendaciones me facilitaron mi asistencia a las clases de Modelado del Natural que impartía Don Enrique Pérez Comendador, su gran maestro y amigo.

No quiero dejar pasar esta oportunidad para agradecer desde esta tribuna a todos aquellos maestros de la Escuela de Gonzalo Bilbao, porque nos alentaron y formaron, inculcándonos el conocimiento y al mismo tiempo facilitándonos el desarrollo de una vocación que se acrecentaba día a día y nos empujaba con fuerza a los pinceles o a la arcilla, para interpretar con apasionada juventud ese mundo lírico lleno de perfumes, magia y misterio de la primavera Sevillana, o el otoñal paisaje urbano cargado de historia y romanticismo del compás de Santa Paula o los Jardines de Murillo en las soleadas mañanas del invierno sevillano.

Desde la finalización de mis estudios en Madrid, hasta mi incorporación al Departamento de Escultura de la Facultad de Bellas Artes de Sevilla (1984), había transcurrido un largo período de tiempo, no obstante, con anterioridad, en numerosas ocasiones tuve la oportunidad de visitar a Doña Carmen, la mayor de las veces en el aula de la Facultad, donde rodeada de sus alumnos modelaba y enseñaba el noble arte de Fidias.

Escultura y docencia, en maravillosa combinación ambas, sostenidas por un espíritu de enorme humanidad era el caldo de cultivo de un irreplicable escenario educativo. Traspasar las puertas de aquellas aulas significaba adentrarse en un ambiente difícilmente repetible. Rodeada de sus alumnos trabajaba y enseñaba: transmitía la vocación cimentada en la búsqueda de las formas puras a través del desnudo. La manifestación más acusada de su quehacer escultórico era aquella que trataba de la síntesis entre los valores puramente creativos y aquellos otros estrictamente escultóricos: espacio y volumen y junto a todo ello la noble disciplina del oficio del escultor.

Pero es ahora no sólo el momento de recordarla con inmenso cariño, también el de glosar sus méritos artísticos.

Carmen Jiménez, pertenecía a la generación de los escultores renovadores del llamado “Clasicismo Mediterráneo”. En esta nueva tendencia de la figuración se señalan dos protagonistas: Arístides Maillol, y Antoine Bourdelle, si bien es al primero a quién se le atribuye dicha paternidad, lo cual no comparto. Estos dos escultores encarnan la renovación del clasicismo en Francia y sus obras van a constituir obligada referencia para toda una generación de escultores españoles que querían escapar del anecdotismo de la escultura de Salón y de la tutela de Rodin.

El famoso desnudo recostado titulado “Mediterránea” presentado al Salón d’Autonome en 1904 por Arístides Maillol representa incomprensiblemente con su estabilidad formal cúbica, más la estética de los desnudos tahitianos de Gauguin que una renovación del mundo clásico heleno. Algunos autores encuentran referencias con la noche de Miguel Ángel, mientras que para Gaya Nuño es una de tantas obras de Maillol que refleja su profunda admiración por la vida mediterránea, sintetizada en la morfología femenina, de amplias caderas y piernas robustas tan características de la mujer del sur.

De otra parte están la obras de Antoine Bourdelle otro exponente significativo de la renovación escultórica.

Seguidor de Maillol será Clará, mientras que de Bourdelle vemos de una parte al tarraconense Julio Antonio y de otra de gran repercusión en Madrid a Victorio Macho.

Más seguidor de la estética de Clará sería posteriormente el gaditano Juan Luis vasallo Parodi, máximo exponente del nuevo Clasicismo y principal protagonista de su introducción en la escuela sevillana. En este panorama vemos cómo Carmen Jiménez discípula predilecta de Pérez Comendador recibe la nueva sabiduría de ambos escultores, decantándose por una estética muy personal, aunque más próxima a Vasallo que a su maestro Comendador.

Doña Carmen, granadina de naturaleza (1920) y sevillana de adopción, cursó estudios de escultura en la Escuela Superior de Bellas Artes de San Fernando de Madrid, obteniendo numerosos premios y distinciones: “Molina Higuera” y “Carmen del Río” de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando (Madrid). Beca del Ministerio de Asuntos exteriores para realizar estudios en París. Beca del Ministerio de asuntos Exteriores de Italia para realizar estudios en dicho país. Beca de la Dirección General del Ministerio de Asuntos exteriores de España para estudios en Italia y Grecia.

Auxiliar Numeraria de Modelado y Catedrática por Concurso Oposición en

la Escuela Superior de Bellas Artes de Sevilla, respectivamente. Directora del Departamento de Escultura de la Facultad de Bellas Artes de Sevilla, Catedrática de Universidad y Académica correspondiente de las Reales Corporaciones de Nuestra Señora de las Angustias y San Fernando de Granada y Madrid respectivamente y Numeraria de la Real de Bellas Artes de Santa Isabel de Hungría de Sevilla.

En 1948 obtuvo el “ Gran premio ” del círculo de Bellas Artes de Madrid y en las Nacionales de Bellas Artes 1945, Tercera Medalla, 1948, Segunda Medalla, 1952 Primera Medalla 1981, Medalla de Honor de la Real de Bellas Artes sevillana.

Aparte de estas exposiciones colectivas su obra ha sido expuesta en la individuales celebradas en Granada (Palacio de la Madraza) 1983, Galería “Álvaro” y la sala “Chicarreros” de Sevilla 1984-1987.

Tantos y merecidos méritos no la envanecieron, pues siempre fue sencilla y cordial y de ello son fiel testimonio sus alumnos, y el inmenso afecto que siempre le dispensaron, ya que fue un largo período de la vida de Doña Carmen el dedicado a la docencia, primero desde la Escuela Superior de Bellas Artes y posteriormente en la Facultad.

De su entrega y admirable dedicación a la Cátedra de Modelado del Natural y Composición, que heredara de Vasallo, damos testimonio todos quienes hemos tenido el privilegio de recibir de esta entrañable profesora amistad y magistral dirección, que se traduce en la búsqueda de la belleza en el desnudo pleno de intenciones contenidas en los volúmenes de la vida, y todo ello envuelto en formas que transmiten las emociones de lo humano. Este concepto escultórico tan arraigado en la escultura sevillana de principios del siglo xx, nos acerca y ayuda a entender nuevamente la filosofía del “Clasicismo Mediterráneo”, que Arístides Maillol y sus seguidores, ofrecen como culto a un nuevo clasicismo denso y terrenal cimentado en la naturaleza.

Doña Carmen gozó de la estimación de cuantos la conocieron y creo que disfrutará de la paz que la Providencia reserva para los justos.

He dicho.